

Hugo Lepe

Mercurio retrógrado

| Nass
Papier
Editorial

1

Tenía 45 años y vivía en un roñoso departamento por subsidio, en una comuna del interior. Para no andar entre la gente del pueblucho, quienes no me perdonaban una serie de tropelías de juventud, durante una década había exprimido las redes sociales, consiguiendo que me visitaran unas siete u ocho aventureras por año, sacándole el jugo a mi condición de escritor. Normalmente, tipas regias, muy jóvenes, aficionadas al arte, algo torcidas.

Pero yo no era un hombre agradable, y estaba medio tocado, y no me adapté a las nuevas sensibilidades. A partir de cierto punto de aquel trajín virtual, tuvieron lugar cuantiosos disturbios y conflictos, y no pocas funas, a causa de las malas palabras que dediqué a una serie de mujeres, que acababan de putearme, al chat, tras saludarlas y expresar admiración, o algo así. Y en cada caso los amigos de las tipas amenazaron con zurrarme y les dije *vamos machotes vengan a mí*.

Alcanzada una masa crítica de eventos polémicos asociados a mis plataformas, el mecanismo ya no funcionaba. Me hallaba proscrito-análogamente a lo que ya acontecía en mi lar-, en un amplio radio cibernético, motejado de misógino, de bastardo psicopático, de feo *culiao*, o *inculiable*, de

la peor mierda concebible. Y mi mala fama no era menor ni distinta en el ambiente literario, donde existía un fantástico desprecio hacia mi persona.

2

Casi no salía, me empezaba a hacer viejo y completaba once meses sin pegarme un polvo. Mis varios libros habían dejado de circular, seis meses antes. Básicamente, porque las feministas, devenidas en mis rivales más acérrimos, asustaron a mis patrocinadores, quienes se entregarían a hacérmela invivible. Me la montaba con una pensión psiquiátrica, inventándole contenido a un pelmazo que hacía un taller *online* sobre filosofía vitalista y estoica para combatir el estrés, y escribiendo crónicas quincenales para un periódico mexicano de tercera categoría.

Sobrellevaba sin demasiado dramatismo aquella vida de mierda, porque un editor capitalino, un cosmopolita, un australiano de enorme cultura, había hallado atractiva mi obra descatalogada, lo mismo que el material fresco, y me publicaría muy pronto *Carne I*, que era inédito, el primero de varios títulos, proporcionándome sus auspicios en el *peak* de mi impopularidad. De hecho, él mismo me había clarificado, en ocasión de su viaje a Calera para firmar los contratos, que mi reputación, de dondequiera que le llegaran noticias, no era mala, sino pésima. Agregó que los mejores escritores siempre fueron unos horribles seres humanos. Esperé que supiera de qué hablaba.

3

David Jones me llevaba por unos doce años, y aunque de momento no nos encontrásemos editando nada, charlábamos cotidianamente a través del WhatsApp. Ni en broma ni en serio conseguía sacarle el teléfono de alguna de sus amigas, escritoras o no.

Estaba leyendo un libro de su autoría, en que hacía un detalle de como ciertas cincuentañeras desesperaban por un macho salvaje, pero ni modo. Lo tomaba como si yo estuviera hablando huevadas, y hacía bromas. *Un hombre de principios*, consideré.

4

Una tarde, operando desde la más severa urgencia, telefoneé a una ex, que yo sabía que continuaba queriéndome. Juzgué irrelevante no haber podido “ofrecer reciprocidad”, en otro tiempo, y dejarla en banda. Por otra parte, el libre albedrío era, seguramente, una entelequia.

–Jorge... ¡por qué nunca me volviste a contestar!... ya, no importa... ¿cómo te ha ido con los libros?

–¿Te parece si nos volvemos a ver, Elisa?... ¿O tienes pareja?

–¡¿Pero por qué no volviste a contestarme?!

–Estaba en uno de los varios líos que tuve con la gente que me publicaba, y no quería desquitarme con nadie... finalmente, me descatalogaron de dos editoriales. Pero es algo que pude solucionar.

Se trataba de una flaca alta, cuarentona, con un buen par de tetas, y un trasero gordo y flácido, de rostro pequeño y nariz puntiaguda, que trabajaba por las tardes como secretaria en una consulta médica. Luego de un rato, en que alcancé a temer que fallaría, la mujer consintió en visitarme y pernoctar, a la siguiente jornada.

Apenas nos despedimos, me moví nerviosamente por los espacios del inmueble. Trepé por las paredes y caminé el cielorraso. Podía resentir que Elisa no fuese particularmente guapa. Elegí celebrar que todavía una mujer quisiera acostarse conmigo.

5

Veintitantas horas después, cuando aquella antigua amante tocó al timbre fuera del diminuto antejardín, yo acababa de disponer en torno a la cama el note, la yerba, el vino, los vasos, una energética, los cigarrillos, y algo que picar. Abrí.

La mujer se veía casi hermosa, envuelta en un vestido oscuro, cerrado. Ingresó, besándome en la mejilla, y, en vez de continuar hasta mi dormitorio, tomó asiento en una silla, en la sala-living-comedor. No me miraba directamente.

—¿Ocurre algo, Elisa?... Podemos pasar a mi pieza y...

—Esa es la huevada... *querí* puro metérmelo, siempre *ai querío* puro metérmelo, y aun así yo me estaba enamorando, pero me saliste con que necesitabas *carne joven*. Y acá estoy de nuevo, como estúpida.

–Pero Elisa, he muerto y renacido mil veces desde que te dije esa pelotudez, y no puedes negar que si hablamos de pasarla bien, nosotros...

–Pero... ¿conseguiste tu *carne joven*? ¿Por eso fue que no me contestaste más?

–¿Quieres que te hable de mi vida sexual? Porque yo no quiero saber de la tuya.

–¡Yo no he tenido otro hombre después que tú!

“*Zorra descarada*”, pensé.

–¿Realmente pretendes que te crea?

–O sea... he salido con amigos...

–Ya, dejémoslo en eso. Pero si tienes pareja, y aun así viniste...

–No tengo pareja.

–Está bien.

–¿Y por qué te acordaste de mí?

–¿En serio quieres saberlo?

–Sí, ridículo...

–Es esa mezcla tuya de dama pudorosa y hembra multiorgásmica... a la que le cambia el color de los ojos cuando está follando.

–Ay, tonto... ¿tienes vinito?

–Tengo.

Nos situamos en mi habitación, y, como si nunca se hubiera quejado de nada, nos besuqueamos y, riéndonos, bebimos varias copas, al cabo de las cuales, Elisa se arrojó en la cama, se quitó las botas y se bajó el cierre del vestido, gritando en silencio que estaba lista para que la desnudara apenas se me antojase. Oscurecía. Sentí cuán lujuriosamente me miraba. Todos los largos meses de pri-

vación se me vinieron encima, comprimidos en un solo sentimiento de furiosa calentura. Despojé a la veterana de su vestidito oscuro, zamarreándola sin contemplaciones. En segundos, me encargué de las bragas. Alzó delicadamente la cola para facilitarme la maniobra, mientras le mordía el cuello. Me quité la ropa en dos movimientos, antes de concurrir al sitio que me hacía entre sus piernas. En ese umbral moré, unos instantes.

–Jorgito, mi niño, métamelo... métamelo duro...

La penetré, rompiendo la horrenda racha. Pronto, el mecanismo chapoteaba, y no pude sino bombear a máxima capacidad. Le pedí hacerlo a lo perrito, y sin pensársela, volteó, irguiendo ante mis narices aquel culo abultado y gelatinoso, en la penumbra de la habitación. Aferrado a sus grandes tetas, no le di respiro, prolongadamente. Cuando me puse a metérselo ora solo a medias, ora a fondo, Elisa tuvo el primero de sus orgasmos. Me deleitó: potencié la marcha, provocándole temblores incesantes, hasta correrme, en lo profundo, profundamente aliviado.

Bebimos en un receso, a recios sorbos, y repetimos el ciclo, con mínimas variaciones, unas cuantas veces. A medianoche, éramos dos bestias borrachas y extasiadas, todavía retozando sobre las tapas revueltas. No podía descartar que Elisa estuviera fallándole a alguien para yacer conmigo. No me importaba. La mujer me había desbloqueado el flujo energético del ser total, entregándoseme devotamente.

Partió, antes de las 9 am. Desperté apenas para despedirme. Dormí hasta la hora en que los buenos ciudadanos se retiran a sus aposentos tras almorzar. Me eché cama abajo, asimilando, con una resaca cosa mala.

Tomé algo para el dolor de cabeza y corregí un poemario durante horas. Luego, bien fumado, me senté a escribir sobre *Las Tres Transformaciones del Espíritu*. El tallerista, un mero aficionado a la filosofía, me había dicho que el tema le apasionaba, solicitándome una simplificación a prueba de bobos. “Método Iturrieta, coaching filosófico”, ponía en la propaganda en redes, que yo mismo le redactaba. El tipo no era de mi agrado y me estaba explotando, pero necesitaba de su paga, y elaboraría una versión para subnormales de aquel drama en el desierto. Entonces sonó el teléfono, y era Elisa.

–Mateluna... ¿por qué no me habías llamado?

–Mujer, ni siquiera sé si tienes pareja.

–¡Te dije que no!

–Uno puede decir cualquier cosa...

–Pero yo te creí que estás soltero... ¿Tienes pareja?

–No, pero no es raro, si no salgo, no me gusta la gente, ni yo a ellos, uso las mismas pilchas de hace diez años, y te hablé de los problemas en internet... en cambio tú... tienes amigos, vas a fiestas, seis de nueve hombres engañarían a sus mujeres por follarte...

–¡Qué!

–Olvidalo. ¿Sabes?, hoy avancé mucho en la corrección de un libro de poemas. Puede que lo publiquen.

–Pero eso deberíamos festejarlo... ¿voy a quedarme de nuevo?

–Tengo que terminar un material que me compra un tipo... Y se me parte la cabeza, Elisa. ¿Mañana?... tendré plata, compro algo rico... Y no bebemos, por esta vez.

–Ya poh. Yo con mi tecito de hierbas estoy bien, corazón.

Cortamos, en breve. Retomé el *Método Iturrieta*...